

PRESENTACION

El cuento moderno de El Salvador surge con Francisco Gavidia en 1888. De una calidad extraordinaria son sus relatos *Agar o la Venganza de la Esclava*, *La Loba*, *El Códice Maya*, con los cuales da origen a esta forma literaria en el país, sin los tropiezos del lenguaje barroco ni la temática criollista de poca trascendencia. Gavidia se adelantó a su época en este aspecto, o dicho de otra manera, sus contemporáneos quedaron rezagados frente a las literaturas europeas del momento.

Después de Gavidia se manifestó un tipo de narración vernacular, a la cabeza de la cual hay prosistas ingeniosos, quienes no lograron la unidad ni la técnica que el género requiere. Es imposible ignorar en el proceso que ha seguido el cuento salvadoreño, la obra de Arturo Ambrogi (1874-1936), captador de las costumbres criollas y de morosa descripción del paisaje y del hombre del trópico; de Francisco Herrera Velado (1876-1966), escritor que pintó con gracia y penetración psicológica al hombre de la provincia, al lugareño, en tramas de hermoso colorido; de José María Peralta Lagos (1873-1944) T. P. Mechín, que escribió estampas y anécdotas de veta costumbrista e intención crítica al estado político-social del país; de Alberto Rivas Bonilla (1891) en cuyas narraciones, de ágil estilo, trazó gentes y situaciones muy propias de la vida salvadoreña, sin el abuso de localismos, tan característicos en los autores mencionados.

Gavidia, precursor de la cuentística salvadoreña, tanto por la estructura literaria como por el tema y lenguaje universales, halla resonancia treinta o cuarenta años más tarde. En el largo paréntesis, además de los narradores citados, encontramos a los primeros cuentistas modernos del país: Salarrué (que nació el 22 de octubre de 1899), cuya obra es la más importante dentro de la materia, no sólo porque supera los límites del costumbrismo, sino porque logra verdaderas joyas psicológico-descriptivas dentro de la tendencia y arriba con éxito al cuento de factura universal; Napoleón Rodríguez Ruiz (1910) recoge temas nativos y los hace vibrar con sentido de protesta social; Manuel Aguilar Chávez (1913-1957), capta personajes sub-urbanos y recoge en instantáneas cinematográficas, la vida de los pueblos que se convierten, por fenómeno económico, en ciudades; José Jorge Láinez (1913-1962), quien obsesionado por el misterio de la muerte y del más allá, aporta soluciones oníricas llenas de realismo; José María Méndez (1917) y Hugo Lindo (1917), ambos plenamente realizados en la cuentística actual de mayor aliento.

Si Salarrué cubre, al igual que el extraño y solitario caso de Gavidia, todo un período, Méndez y Lindo son el inicio de una nueva y vigorosa vertiente en las letras de El Salvador.

En tal sentido, justo es reconocer principalmente los méritos de Hugo Lindo, introductor de las nuevas corrientes cuentísticas y el impulsador más entusiasta del género. Sus relatos, bien escritos, se alejan de lo vernacular, de lo costumbrista; sus piezas literarias alcanzan mayoría de edad. Personajes, asuntos y lenguaje responden a una exigencia que va más allá de la mera improvisación; en sus cuentos se encuentra al escritor culto, conocedor de realidades humanas más allá de la geografía. Hay que advertir que tanto los cuentos de José María

Méndez como los de Lindo son expresión del suceso socio-cultural que se opera en El Salvador a partir de 1948.

La nueva generación de cuentistas que presenta La Universidad en este número, surgió en El Salvador el año 1950. Se trata de escritores con una visión diferente del hombre y del paisaje salvadoreños. Puede afirmarse que, ante la obra de Méndez y Lindo, el regionalismo comenzó a quedar atrás. El tema vernacular desaparece casi por completo. A la poetización del drama rural, Salarrué es el ejemplo característico de esta manera de ver y sentir la campiña, sucede la denuncia de un hecho, de una circunstancia social, la explotación del campesino por las clases terratenientes. A lo barroco, a lo pintoresco de la narrativa anterior, se impone el lenguaje directo del nuevo cuento, castellano-salvadoreño en su más viva esencia, incorporadora del habla nacional y la temática completamente urbana.

El problema, la situación del hombre de la ciudad, complejo, enigmático, acosado y torturado en sus múltiples facetas, desplaza al enredo pueblerino, a las habladurías de comadres y beatas, al típico truhán de la picaresca criolla. En el cuento nuevo de El Salvador se advierte, sin dificultad, la influencia de los mejores cultivadores en el ámbito hispanoamericano. En algunos casos, la presencia de Quiroga, Rulfo, Fuentes, Borges, Carpentier, Cortázar, Sábato, García Márquez, Vargas Llosa, es evidente. Por otra parte, señalamos la influencia de Bradbury, Sturgeon, Adamov y Lowekraft. Y ello nos parece bueno en una literatura que pretende despojarse de lo bayunco, lo provinciano, para afirmarse en lo universal, sin olvidar, por un momento, la necesidad de expresar lo auténticamente nacional. La fuerza expresiva que hay en los cuentos que publicamos refleja dominio de técnicas diversas y, desde luego, grandes posibilidades para el género en El Salvador. Nótese cómo la fantaciencia ha encontrado, en autores como Menéndez Leal y Chávez Velasco, expresión acertada.

Dentro de esta nueva época, período más bien de las letras de El Salvador, cabe lugar preferente a Alvaro Menéndez Leal (1930), autor que ha sabido asimilar lo mejor de la literatura contemporánea y, con personal estilo, ha producido dos libros polémicos, verdaderamente sorprendentes. La traducción de sus cuentos al rumano, alemán, francés e inglés es todo un acontecimiento en la literatura centroamericana de hoy. Menén Desleal, como suele firmar sus producciones literarias, es, probablemente, el mejor exponente del cuento nuevo en el momento actual de El Salvador.

Cuentistas de talento, con más de un libro inédito o publicado, son José Napoleón Rodríguez Ruíz (1930), Waldo Chávez Velasco (1932), Mercedes Durand (1933), Tirso Antonio López Canales (1933), Manlio Argueta (1935), José Roberto Cea (1939), Ricardo Castro Rivas (1938), Alfonso Quijada Urías (1941), Santiago Castellanos (1940), Ricardo Lindo (1947). Entre ellos Argueta y Cea cultivan con calidad la novela o cuento largo. Argueta es autor de la novela "El Valle de las Hamacas", con la cual obtuvo recientemente premio único centroamericano.

La inclusión de tres cuentos de Italo López Vallecillos (1932), autor de esta nota y Director de La Universidad, obedece a la idea, al propósito de completar el panorama de los jóvenes cuentistas salvadoreños en pleno trabajo creador.